

cesión de errores y de vergüenzas que constituían la vida de Agustín, *esperaba*. ¡Amor invencible! ¡Fe inquebrantable!

He ahí cuál debe ser la actitud de una mujer cristiana. Decir con cobarde desaliento:—he vestido mi luto para los muertos que me rodean,—es una humillación vergonzosa. Es necesario esperar para ellos la misericordia de Dios. Esperar, porque esta misericordia es inmensa, y no se detiene ante la gravedad del mal. Esperar la misericordia de Dios y esperarla cinco, diez, veinte años si es necesario, porque esta misericordia es paciente, y su longanimidad no se detiene ante el perseverante endurecimiento del pecador. ¡Esperar la misericordia de Dios! pero esperarla con una imperturbable confianza, porque es infalible, y siempre recompensa con una sonrisa, á aquellos que han contado con ella. *¡Esperar, pues!*

Pero, ¿cómo hay que esperar? ¿ha de ser con esta inacción mística, que especula con la bondad divina? No, por cierto. El amor esperando la misericordia de Dios sobre los pecadores, debe ir acompañado de una activa cooperación; sin embargo, puede haber error acerca el carácter de esta cooperación. Hay ciertas naturalezas vivas y ardientes, que están siempre dispuestas á remover el cielo y la tierra, para la salvación de las almas queridas. ¡El cielo! no hay inconveniente; pero la tierra, exige mayor precaución. Este celo impetuoso que se desahoga fácilmente en argumentos, homilias, amonestaciones, súplicas importunas, etcétera, se parece mucho á una actividad desmañada, y degenera más á menudo de lo que convendría, en recriminaciones violentas, en ruegos vejatorios, en tristes rabietas, cosas todas que, con la mejor voluntad del mundo, impedirán al pecador reconocer las inspiraciones del amor cristiano.

Un antiguo proverbio dice: —«La palabra es de plata, el silencio es de oro.» Nada hay más cierto, cuando se trata de tocar las llagas de un alma que vive en nuestra intimidad. El celo del hombre público le hace hablar mucho y de mil maneras. *Predica la palabra*, decía el Apóstol á su discípulo, *habla á tiempo y fuera de tiempo, emplea argumentos, oraciones y amonestaciones, no descuides nada* (3). Pero el celo del hombre público no tiene siempre un objeto próximo y determinado y su acción es intermitente: el celo doméstico al contrario, obra de continuo en presencia de aquellos á los cuales se dirige, y su acción es continua, y por esto debe saber hablar á tiempo, saber callar con oportu-

nidad, y no usar de la palabra sinó con mucha circunspección, con exquisita delicadeza y con perfecta discreción.

Mónica había comprendido esta santa estrategia, que es necesario emplear para establecer con éxito el sitio de una alma amada. Mónica hablaba en las horas de calma, y cuando su silencio hubiera podido parecer una debilidad; pero, por lo común, sólo contestaba con un silencio lleno de dulzura á las blasfemias, á las injurias, á las contradicciones y á las cóleras brutales de Patricio. No estaba nunca inactiva cerca de él, y no pudiendo abrir la boca, presentaba á los ojos del infiel, el libro de su vida.—¡Oh, Señor! exclama San Agustín; ella se dedicaba en ganarnos esta pobre alma, hablándole de Vos todos los días, por medio de sus costumbres, que la hacían hermosa, amable, respetable, admirable á su marido (4).»

Las costumbres, las virtudes: esta es la elocuencia más adecuada para convencer á los desgraciados y queridos seres, que una mujer cristiana quiere conducir hacia Dios: ella debe procurar que su vida sea un encanto, y que brille á su alrededor la luz de su alma, que ha sido dotada con la gracia divina. Los que la amen la respetarán, la admirarán y se dirigirán á Dios, del cual ella es una imagen; pero de seguro, sus discursos perderán su eficacia y su belleza, sino guardan armonía con sus costumbres y sus virtudes.

Mónica, pudo hablar por medio de la perfección de su vida: su paciencia, su humildad, su dulzura, su delicadeza, su abnegación, penetraron gota á gota en el alma soberbia de su marido, y minados sordamente con una incesante penetración los flancos de su orgullo, que detenían la gracia de Dios, cedieron ante su habilidad. Patricio, inscrito de algunos años ya entre los catecúmenos, pidió el Bautismo. Estando al pie del sepulcro, cuando las sombras de la muerte le cubrían ya, vió brillar las luces que habían ofuscado sus pasiones: aquéllas eran su grandeza de alma, su amor de la justicia, y sobre todo el amor que le profesaba su santa esposa: murió lleno de arrepentimiento y de gratitud, cubriendo de besos y de lágrimas las manos benditas de la que acababa de ganar la victoria.

Mónica consideróse feliz con esta primera victoria; pero le faltaba aún convertir á un pecador, á su hijo, á su pobre Agustín, más culpable que Patricio, porque había abusado de los más grandes beneficios. También el amor debía obrar sobre él; ¿pero, cómo? La madre sometida al rey del hogar doméstico, le pide prestado,

con la autoridad que le corresponde respecto á sus hijos, el derecho de consejo y de dirección en el bien, de corrección y de castigo para el mal; la madre, tiene tanta más autoridad en esto, cuando su palabra se apoya en diez, quince, veinte años de abnegación. Mónica no había olvidado nada respecto á Agustín: á las primeras confidencias de sus tormentos, había contestado con prudentes amonestaciones, le había reprochado con mesura sus desórdenes, y se había humillado hasta el ruego. Agustín se cansó de escucharla, y un día dejó escapar de sus labios esta frase de desprecio:— «¡Bah, bah, palabras de mujeres!» Era necesario, pues, callar; sin embargo, en una circunstancia, la madre ofendida debía ser inexorable, y lo fué cuando supo la apostasia de su hijo; le echó de su casa y le prohibió el volver á su presencia. Agustín obedeció; pero muy pronto Mónica fué en su busca: ¡le amaba tanto!

Le amaba, sí; pero, ¿cómo debía obrar en su maternal afecto, desde el momento que su palabra había sido despreciada? Aprendan ahora las madres cristianas y atiendan.

Una madre no ve jamás el fin de su amor y de su abnegación: hemos dicho que su corazón está lleno de fuerzas misteriosas y divinas, y que estas fuerzas obran cuando la naturaleza acaba sus recursos. El que no puede ya hablar puede siempre orar, llorar, inmolarse: y esto es lo que hizo la madre de Agustín.

Mónica rogó á Dios, que la sujetaba á pruebas tan crueles: dos veces al día iba á la Iglesia, y allí permanecía horas enteras arrodillada, pálida, inmóvil, fijos los ojos en el cielo. Los que pasaban cerca de ella, podían oír entre sollozos esta tierna y dolorosa plegaria: «Dios mío, tened piedad de mi hijo Agustín.»

Rogaba á los santos y sobre todo á los mártires; visitaba sus tumbas y pedía á sus gloriosos restos el favor de que convirtiesen á su pobre Agustín. Rogaba también á los hombres: arrodillóse á los pies de los amigos que podían comprender sus maternales tormentos; les suplicaba que hablasen á su hijo; y ella fué la que arrancó de los labios de Ambrosio aquellos sublimes rasgos que hirieron como el rayo el corazón de Agustín.

Mónica lloró; y la Iglesia ha cantado sus piadosas lágrimas, de las cuales estaba empañada la tierra en que se había prosternado.—«Vedla, vedla, dice la Iglesia; esta viuda que sabe llorar, esta viuda que derramó tan amargas y tan constantes lágrimas por su hijo. Estos ríos de lágrimas que salían de los ojos de esta santa madre, han llegado hasta Vos, oh, Señor!»—(5)

Mónica lloró, y Agustín ha podido decir: «¡Oh, Dios mío! si Vos no me habéis abandonado, es porque mi madre lloraba noche y día, y derramaba en sacrificio toda la sangre de su corazón.» (6) ¡Oh, mujeres, que por males imaginarios derramáis las perlas preciosas que brotan de vuestros ojos, reservadlas para el mayor de los males; la muerte espiritual de vuestros hijos!

Mónica llora y se sacrifica. Su corazón afligido gustaba las largas vigiliias, y su alma ávida de un solo bien, imponía á su cuerpo frecuentes y rigurosos ayunos. Se acercaba á los pobres como una humilde sirvienta, se sentaba á la cabecera de su cama, curaba sus llagas, recogía su último suspiro y les daba piadosa sepultura: educaba á los huérfanos como á sus propios hijos, y derramaba consuelos y palabras de paz en todas las familias afligidas por el dolor ó las pasiones: vigiliias, ayunos, humildes servicios de la caridad, actos de misericordia cristiana, todo lo ofrecía por su hijo Agustín.

Este desgraciado joven, ciego y triste amante de la gloria, la perseguía por doquiera que esperaba encontrarla. Había engañado á su madre, en la confianza de que lejos de ella encontraría una paz funesta á su corazón: pero de Tagarto á Cartago, de Cartago á Roma, de Roma á Milán, Mónica desolada, seguía sus huellas, porque quería orar, llorar é inmolarse cerca de su hijo.

¿Podía perderse el hijo de tal madre? No, Dios mío: Vos le salvasteis.

No describiremos todas las crisis de esta alma, pasando de la fe á la duda, de la duda á la desesperación, retrocediendo luego, y encaminándose lentamente á las luminosas regiones que había abandonado. Olvidemos este triste drama de una alma infiel, y trasladándonos á quince siglos atrás, transportémonos en espíritu al baptisterio de Milán. Allí es donde Mónica alcanza su última victoria.

Agustín está de pie cerca la sagrada piscina: á una señal de Ambrosio, se precipita en el agua saludable que debe lavar todas sus manchas, y exclama: —«Creo en Dios, creo en Jesucristo, creo en el Espíritu Santo;» y Ambrosio pronuncia sobre su cabeza humillada, la santa fórmula del Bautismo: «Yo te bautizo en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.»

Al fin han triunfado la oración, las lágrimas, los sacrificios de una madre; Agustín es cristiano. Cúbresele de blanco ropaje, se le corona de azucenas y se le conduce al altar; el pueblo conmovido se separa para abrirle paso, y ante el santo de los santos, Am-

brosio inspirado levanta los brazos al cielo y exclama: *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur*. Y Agustín contesta: *Te aeternum Patrem, omnis terra veneratur*. Y así siguen uno y otro hasta el fin del cántico, cambiándose la inspiración divina. Entre tanto Mónica, de pie, en un arrebató de amor y de reconocimiento, derrama sus últimas lágrimas.

Estaba llena su misión: podía morir. He ahí que al poco tiempo, en las orillas de Ostia, en frente de un mar resplandeciente con los últimos rayos del sol, una mujer pálida y enflaquecida sentábase junto á un joven, estrechándole cariñosamente la mano. Ambos miraban el Océano, no el Océano terrestre, símbolo de nuestras inconstantes pasiones, sinó á través del firmamento, el Océano infinito, el mar tranquilo y sin orillas del cual viene toda vida. Un instante creyeron tocarlo, estaban extasiados; un doloroso suspiro los hizo volver en sí, y la mujer exclamó: «Hijo mío, ya que aquí nada me detiene, ya que mis esperanzas se han realizado, ya que eres cristiano y quieres servir á Dios, ¿qué más me resta que hacer?»

Esta mujer era Mónica al borde de su sepulcro.

Esposas y madres cristianas, saludadla; es vuestro modelo y vuestra patrona; acabáis de leer el relato de su dolorosa vida; esta vida es la vuestra. Si sufrís como aquélla, os pedimos por las misericordiosas entrañas de Jesucristo, Salvador de las almas, no desesperéis, no; no digáis como el despreciado Job: *me canso de vivir*: sino que os pido que oréis, que lloréis, que os sacrificuéis y que esperéis con confianza, el dichoso día en que, tomando entre vuestras manos las manos purificadas de vuestros esposos y de vuestros hijos, os será permitido contemplar con ellos desde las orillas de esta tierra, las orillas de la eternidad.

Y vosotros, infieles amados, que tal vez vivís desde muchos años apartados de Dios, ¡ojalá la conmovedora historia de Santa Mónica, os haga comprender el valor de un alma! Tened piedad de las mujeres, á quienes martirizáis cada día, con vuestra indiferencia y vuestra dureza.

Os sitian con su dolor; ¿no os rendiréis? ¡Piedad, piedad para ellas! Rendíos. Porque si sordos á sus lamentos, insensibles á su sufrimiento y al espectáculo de sus virtudes, prolongáis aún vuestras impías resistencias, no dasalentaréis, no, su paciencia heroica, pues aquéllas acaban de aprender dos cosas que no olvidarán jamás: **EN UN CORAZÓN CRISTIANO, EL AMOR SIEMPRE ESPERA, EL AMOR SIEMPRE TRIUNFA.**

NOTAS Y EXPLICACIONES

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

1. *Summa Teológica*.—III parte, cuestión LXV, art. 1.º
2. Idem, id., id., id.
3. Génesis.—Capítulo I, 22.
4. Idem.—Cap. I, 25-27.
5. Idem.—Cap. II, 19-20.
6. Idem.—Cap. II, 18.
7. Idem.—Cap. II, 21-22.
8. Idem.—Cap. II, 23-24.
9. Idem.—Cap. I, 23.
10. La causa del matrimonio, dice el Concilio de Florencia, es el mutuo consentimiento de las partes, manifestado por palabras de presente.
11. Santo Tomás, dice de la unión matrimonial, que se constituye á la manera que la obligación en los contratos materiales; pero añade: *esta conjunción es el matrimonio mismo*. (*Summa Teológica*, Suplemento, cuestión XLV, art. 2.º, y cuestión XLVIII, art. 2.º, respuesta á la 2.ª objeción.)
12. Institut. I, n.º IX.—Maestro de sentencias.—Catecismo romano, II parte, del Sacramento del matrimonio, n.º V.
13. Lo que se hace con un consentimiento, puede deshacerse con un consentimiento contrario: «Este, ha dicho Pothier, es un principio común á todos los contratos consensuales.» (Del contrato del matrimonio; esponsales. Parte II, cap. VII.)
14. La unión que se forma con el matrimonio, es el mismo matrimonio, y esta unión está siempre hecha por Dios. (*Summa Teológica*, Suplemento, cuestión XLVIII, art. 2.º, respuesta á la 2.ª objeción.)
15. León XIII, Encíclica *Arcanum divinæ Sapientie*.
16. Idem, id.
17. Génesis.—Cap. III, 16.
18. S. Juan.—Cap. II, 1-2.
19. S. Agustín, *Tratado IX sobre S. Juan*, n.º II.—San Cirilo de Alejandría, *Comentario á S. Juan*, lib. II, cap. II.
20. S. Mateo.—Cap. XIX, 3-6.
21. Epístola á los de Efeso.—Cap. V, Ver. 22-32.
22. Tales son las interpretaciones de S. Jerónimo (*Comentario á la Epístola á los de Efeso*, lib. III, cap. V);—Clemente de Alejandría (*Stromates*, libro III);—S. Ambrosio (*Apéndice sobre la Epístola á los de Efeso*);—S. Atanasio (*Libro de la Virginidad*);—S. Crisóstomo (*Homilia XX sobre la Epístola á los de Efeso*, n.º IV.)
23. Tertuliano, lib. II, *ad Uxorem*, cap. VIII.—S. Isidoro de Sevilla, *Del Origen de la Iglesia*, lib. III, cap. XIX.
24. S. Ambrosio, *Epístola al Papa Siricio*, n.º V.—S. Agustín, *Del lazo conyugal*, cap. XXIV, n.º 32.
25. Tertuliano, libro antes citado.—S. Ambrosio, lib. I, de *Abraham*, capítulo VII, n.º 59.
26. S. Agustín, *De las Bodas y de la concupiscencia*, cap. XVI, n.º 19, y capítulo X, n.º 11.
27. S. Agustín, *Del lazo conyugal*, cap. XVIII, n.º 21.
28. Concilio de Verona (1181).—II Concilio de Lión (1374).—Sacramentales de S. León (461), de S. Gelasio (496), de S. Gregorio el Grande.—Sacramentales de los Griegos.—Liturgias de los Coptas, de los Jacobitas, de los Armenios. (Citados por Perrone, lib. de *Matrimonio christiano*, tomo 1.º, cap. 1.º, sección 1.ª, art. 1.º.)
29. Sesión XXIV, de *Matrimonio*.